

temores para hacerles conocer la falsedad de la idolatría. Depuso por un momento su dulzura ordinaria para entregarse al ardor de su celo, y mirándolos con santa indignación, les dijo: « Dios os trata como mereceis, puesto que habiendo recibido la vida de él, y alimentándoos su providencia, lejos de darle el culto que le corresponde, adorais los ídolos que no os pueden socorrer. Ved aquí porque os ha entregado á estas bestias crueles; y se sirve de ellas para castigar vuestra perfidia. Id, pues, miserables, id á implorar el auxilio de vuestros dioses, y si tienen algún poder, que os libren de esta plaga.

Comprendian que era muy justa esta reconvención, así es que, redoblando sus gritos y lamentaciones, no cesaban de pedirle que se compadeciese de ellos, confesando que eran culpables, pero que se hallaban dispuestos á hacer todo cuanto les ordenase. Muchos cristianos compadecidos de sus gemidos y lagrimas, se interesaron por ellos, y pidieron al Santo en su favor. En su consecuencia, preguntóles éste, si se hallaban dispuestos á dejar el culto de los ídolos, y á hacerse cristianos. Se lo prometieron todos á una voz, y firmaron un escrito comprometiéndose á hacerlo.

Tomad, les dijo, el polvo que os voy á dar, y señalad con él en forma de cruz las cuatro piedras que limitan á cada una de vuestras aldeas. Si hay algún sacerdote cristiano en vuestro pais, llamadle, para que, imprima tres cruces en cada una de estas piedras. Despues hareis las vigiliass según el uso de los cristianos, y espero que pronto experimentareis el auxilio de Jesucristo, y se pondrán en fuga las bestias feroces.

Ejecutaron puntualmente su promesa, y Dios cumplió la que les habia hecho por boca de su siervo, librándolos de aquellos crueles animales; pero de una manera tan pronta y maravillosa, que todo el mundo, hombres, mujeres y niños, vinieron en busca del Santo para darle gracias y pedirle al

mismo tiempo el santo bautismo. Le refirieron que despues de haber hecho todo lo que les habia mandado, se vió á una gran parte de estos animales marchar precipitadamente á las montañas; mientras que otros venian á estrellar sus cabezas contra las piedras en que se habia impreso el signo de la cruz, y que á algunos de ellos se les habia oido articular voces humanas, y decir claramente: « ¡ Ay! ¡ ay! Simeón, ¡ cuantos males nos estás causando! » Era sin duda el demonio el que se lamentaba por la voz de aquellos animales de la destrucción de la idolatría en su pais, para confirmar lo que decian, suspendieron á la puerta de la clausura del Santo la piel de tres de estas bestias que habian encontrado muertas, para que todo el mundo pudiese verlas. Eran de diversos colores, y no pertenecian á ninguna de las especies conocidas.

Entre las cosas que el Santo habia recomendado á estos nuevos convertidos, no habia olvidado la santificación de las fiestas, por la cesación de las obras serviles y la aplicación á los ejercicios de piedad. La infracción de esta ley fué castigada por Dios, y dió lugar á un nuevo milagro. Habia en un lugar del monte Libano llamado Anadaris, una fuente que suministraba agua en gran abundancia para regar todo el terreno y darle una fecundidad prodigiosa. Un hombre, sin guardar consideraciones á la recomendación del Santo, dirigió un domingo el agua á su campo: los demás, lejos de reprenderle, salieron de la iglesia, tomaron los azadones, é hicieron lo mismo.

Al dia siguiente dejó de correr la fuente, y se redujo á cenizas todo lo que habian regado, cual si un fuego desolador hubiera pasado por el campo. Quedaron espantados, y llenos de dolor y amargura. Para ver si era efecto de una causa natural, cavaron la tierra, y habiendo encontrado el manantial, se esforzaron por llevar el agua á su primitivo canal, pero inútilmente.



Vieron entónces que no les quedaba otro recurso que acudir al Santo, y vinieron efectivamente á verle y á suplicarle que les dijese lo que debian hacer ; pero no se atrevieron á confesarle el pecado que habia sido causa de aquel castigo. El santo conoció su falta de sinceridad, y les dijo : « Comprendo que hay un crimen que me ocultais : habladme claramente, y no me deis excusas frívolas. » Entónces comprendieron que no podian disimular su pecado, y se lo confesaron.

Es imposible explicar cuanto se inflamó el celo del Santo contra ellos. Les repreudió amargamente, y ordenó que saliesen de su morada. Pero ellos se quedaron á la puerta, llorando, gimiendo, humillándose, y suplicando á todos los que venian á ver al Santo, que intercediesen por ellos. Pero Simeón, que sólamente empleaba aquella severidad para hacerles fieles á sus promesas, no quiso por el pronto escuchar á nadie, lo que obligó á aquellas pobres gentes á acudir á los corepiscopos y sacerdotes para que interpusiesen su mediación. Hiciéronlo así, y viendo Simeón que aquellos desgraciados llevabán tres dias de estar á la puerta, consternados y sin dejar de llorar y de gemir, consintió que entrasen, y les habló de esta manera : « ¡ Desgraciados ! no podeis negar que os he dado un consejo provechoso para vuestras almas, cuya salvación únicamente deseo. No es vuestro oro lo que yo busco, sino vuestras almas, á las que deseo con extraordinario ardor presentar á Dios puras y exentas de todo pecado.

Estos hombres enteramente consternados y humillados, detestaron su falta, protestaron que no caerian más en ella, y consignaron por escrito la promesa de hacerlo así. Viéndoles contritos el Santo, les dijo : « Echad en la fuente tres piedras en las cuales este marcado el signo de la cruz : Echad al mismo tiempo este polvo que os doy : haced tres cruces en cada lado de la fuente, y pasad la noche siguiente

en la iglesia entregados á la vigilia. Volved á la fuente por la mañana, y vereis lo que Dios se haya dignado hacer. »

Ejecutaron todo esto con toda fidelidad, y vieron que brotaba tanta agua de la fuente, que los campos se inundaron enteramente. Desde este tiempo no cesó de dar la misma cantidad, y se asegura que subsiste aún, y que es uno de los manantiales más ricos del pais. Por esta razón, y en memoria de este milagro, se llama la fuente de san Simeón.

Los Arabes se aprovecharon también de las poderosas exhortaciones y milagros del Santo, que les atraía con su fama, y que á millares venian á verle. Cosme refiere á este propósito un hecho muy bién comprobado, y que sirvió para hacer florecer en aquel pais la fé de Jesucristo. Asegura el mismo autor haberlo oido de Antioco, hijo de Sabino, gobernador de Damas, el cual se lo refirió á Simeón en presencia de muchas personas de consideración. « Naamán, decia el citado Antioco, Naaman, príncipe de los Arabes, vino á acampar al desierto cerca de Damas, y como su nación estaba entonces en paz con los Romanos, me invitó á comer. Hablamos de diferentes cosas : el discurso vino á recaer sobre Simeón, y Naamán me dijo. Yo quisiera saber, si el que llamais Simeón es un hombre ó un Dios. Le respondí que no era un Dios, sino un gran siervo de Dios. Hé aquí porque os hago esta pregunta, replicó. Como la fama de su nombre se habia extendido por todo nuestro pais, y muchas de nuestra gentes iban á verle, los jefes de nuestra nación me advirtieron que era de temer que muchos de los que le visitaban se hiciesen cristianos, y que, á causa de la religión, entregasen el pais á los Romanos. En su virtud, hice publicar un edicto, por el cual se prohibia á todos los Arabes el visitar al Santo bajo pena de muerte para ellos y sus familias.



La noche en que hice publicar esta orden en una asamblea general, y cuando despues dormia tranquilamente en mi tienda, ví ante mí á un hombre de una mirada tan majestuosa, que quedé lleno de respeto y de temor. No podia saber quién era, porque nunca le habia visto; pero me arrojé á tierra, y me postré á sus pies temblando y casi muerto. El me miró con un aire de cólera, y me dijo con una voz terrible « ¡O el más malvado de los hombres! ¿Eres tú el que prohibes que venga á mí el pueblo que el Señor me envia? » Al mismo tiempo ordenó á cinco jóvenes vestidos de blanco, que le servian de satélites, que se apoderasen de mí. Cuatro de ellos me ataron los pies y las manos, y el quinto descargó sobre mí multitud de azotes. Yo empecé á gritar, pero nadie me oia. Despues que destrozaron mi cuerpo con esta flagelación, ordenó que me dejaran, y amenazándome con una espada, me dijo con una voz aún más espantosa: « Guárdate de impedir en adelante que tu gente vaya á Simeón. Si caes segunda vez en la misma falta, te juro por el Dios vivo, que te haré pedazos y á toda tu familia con esta espada. »

Apénas llegó el dia, é instruido con este castigo, congregué á los principales de la nación, y les referí lo que me habia ocurrido. Revoqué mi edicto, y dí otro enteramente contrario, por el cual permitia abrazar el cristianismo á todo el que lo desease, y os confieso, que, si no me hubiera detenido el temor del rey de Persia, yo mismo hubiera ido á ver á Simeón, y me hubiera hecho cristiano. Desde entónces el cristianismo se ha extendido mucho por mi nación, y tenemos obispos y muchos sacerdotes.

Pero si el temor del rey de Persia impidió á Naamán abrazar la verdadera fé, el temor que un nuevo prodigio del Santo imprimió en el espíritu de los que perseguian

á los cristianos, fué muy saludable para muchos que de él supieron aprovecharse. Un mago de este imperio que ocupaba el primer rango entre los de la secta por sus imposturas y maldades, gozaba del favor del rey, y obtuvo de él un amplio poder para perseguir á los cristianos, que llevaban el nombre de nazarenos. En virtud de esta comisión, no hubo género alguno de males que no les hiciese sufrir este hombre cruel y dado á toda clase de crímenes. Como un lobo que entra en un rebaño, dice Cosme, y despedaza todos los ganados que encuentra á su paso, así este monstruo ejercia su odio implacable contra las ovejas de Jesucristo. No guardaba consideración alguna ni á la edad ni al sexo. Las prisiones, los azotes, las torturas, todo lo empleaba contra ellos. Despues de haber atormentado á un gran número, hizo encarcelar en una oscura prisión á 350, y con el propósito de dejarlos morir de hambre, puso guardias á la puertas para que nadie pudiese prestarles auxilio.

Llevaban diez dias de sufrimientos, sin esperanza de que los favoreciese. Al cabo de este tiempo tuvieron el feliz acuerdo de encomendarse en espíritu á las oraciones de san Simeón y para ello, todos en común le dirigieron esta oración: ó Dios mio, que todo lo veis, y á quién nada es imposible, os suplicamos por las oraciones de Simeón, que vengais en auxilio nuestro, si así es vuestra santa voluntad, y no permitais que estos impuros idólatras insulten vuestro santo nombre, diciendo que los cristianos no tienen Dios. Su oración fué oida, y Dios hizo en su favor gran número de prodigios. A la media noche la prisión fué iluminada con una luz celestial, y rodeado de lámparas y fulgentes globos, apareció san Simeón subido sobre una columna, resplandeciente de luz y vestido con una túnica de piel muy blanca. Bajando de la columna, se aproximó á ellos, y los saludó diciéndoles: « La paz sea



con vosotros, hermanos míos, yo soy Simeón vuestro hermano, que habito sobre una columna en tierras de romanos hacia la parte de Occidente, como se os ha referido. No os dejéis abatir por los males que experimentáis, pues dentro de tres días os vereis libres de ellos. Se os sacará de la prisión: volveréis á vuestras casas: cesará la persecución, y el mago, que ha sido el principal motor de ella, sufrirá la pena que ha merecido. Esta será tan terrible, que todo el Oriente quedará espantado. Dichas estas palabras, subió á su columna, y desapareció, dejando á todos maravillosamente consolados, y como si en aquel mismo momento se les hubiese puesto en libertad.

Después de haber animado á estos fervorosos confesores, apareció san Simeón al mago para hacerle sufrir el horrible castigo á que se había hecho acreedor por su crueldad y malicia. Se mostró á este pérfido con ademán amenazador, teniendo en su mano fuego que despedía abrasadoras chispas, y dirigiendo una mirada sobre él, le causó un espanto tan grande, que cayó en tierra. ¿Eres tú, desgraciado, le dijo el Santo, eres tú el que te has atrevido á rebelarte contra Jesucristo, y el que has obtenido de tu rey facultades para perseguir á su Iglesia, y quieres obligar á sus servidores á abjurar de su fé? En este mismo instante vas á recibir la pena que merecé tu temeridad, y puesto que adoras el fuego, el fuego será el que te consumirá para que sepas que es una divinidad imaginaria é impotente para socorrerte. En aquel mismo momento un fuego que descendió del cielo envolvió al mago, y quemó todo su cuerpo, produciendo un hedor insoportable, que se extendió por toda la comarca vecina. No fué enteramente consumido este impío, sino que Dios le dió tiempo para que pudiese contar á todo el mundo la manera con que había sido castigado por su siervo Simeón, quién al mismo tiempo le ordenó que devolviese al rey la orden

de perseguir á los cristianos, y que le notificase que, si en el espacio de tres días no libraba de la prisión á los santos confesores, sufriría mayores tormentos que los que á estos tenía preparados.

Atormentado cruelmente el mago, lanzaba gritos y lamentaciones en demanda de auxilio. Una gran multitud acudió á socorrerle, á la cual dijo derramando un torrente de lágrimas: Simeón el nazareno, que habita en tierra de romanos, me ha reducido á esta triste situación en que me veis. Les refirió todo lo que había ocurrido, así como la orden que le había dado Simeón para que la transmitiese al rey.

Vaciló en un principio este príncipe, pero habiendo tomado informes, y asegurándose de la verdad, dió orden para que se pudiese en libertad á los prisioneros, é hizo publicar en todos sus estados una orden, en cuya virtud se prohibía á todos sus súbditos bajo las más severas penas el inquietar á los cristianos, y se facultaba á estos para ejercer públicamente su religión en todo el imperio. Los obispos y sacerdotes quedaron sorprendidos de una mudanza tan inesperada, ignorando cual pudiese ser la causa, pero habiéndola sabido de boca de los prisioneros, puestos en libertad, se reunieron en asamblea general para dar gracias á Dios. Escribieron una relación exacta de todo lo ocurrido, y la remitieron á Simeón por medio de tres sacerdotes, que tuvieron el consuelo de estar en su compañía tres semanas, y después publicaron por todas partes la santidad y el poder que Dios había comunicado á su siervo para obrar tantos prodigios.

El mago murió al cabo de veinte días en medio de horribles sufrimientos, consumido por el fuego y los gusanos, y con este motivo la religión cristiana tomó en Persia prodigioso incremento. El nombre del Santo alcanzó tan grande veneración, que como asegura Teodoreto, envió



el rey embajadores para que se informasen de su vida y prodigios: su esposa, la reina, recibió, como un don precioso, aceite bendito por el Santo: los grandes de la corte le miraron como un hombre divino, y á pesar de las calumnias de los magos, el pueblo se apresuraba á pedir á los soldados de la comitiva de los embajadores algunas gotas del aceite bendito.

Refiere Cosme otro prodigio que contribuyó en gran manera á confirmar en la fé á los cristianos de Persia, y á hacer respetar el nombre del Santo. Una virgen consagrada á Jesucristo, dotada de una excelente belleza, pero cuya alma era mucho más bella á los ojos de Dios por las virtudes de que estaba adornada, fué perseguida durante mucho tiempo por un idólatra llamada Marzabnes, perteneciente á una secta que adoraba el agua y el fuego. Nada omitió para tomarla en matrimonio; pero no pudiendo conseguirlo, cegado por su amor y guiado por la malicia, formó el negro proyecto de arrebatarla, como lo ejecutó pretestando una orden del rey.

La llevó á su lugar, porque no era del mismo que ella, y cuando la tuvo en su poder, empleó toda clase de medios para que se desposase con él. La jóven se resistió con heroica constancia, protestando que moría ántes que preferir un idólatra á Jesucristo, y violar la fé que habia prometido al celestial Esposo. Su firmeza enfureció al idólatra: éste la cargó de injurias: la encerró en un paraje oscuro y estrecho; la azotó, y como la encontrarse firme y constante, ordenó á sus criados que le atasen una cuerda al cuello, y la precipitasen al rio, en el sitio en que el Tigris desemboca en el Eúfrates.

Cuando la piadosa jóven se vió en poder de aquellos hombres malvados, levantó los ojos al cielo, y dirigió al Señor esta plegaria: Señor y Dios mio, de quién Simeón es siervo fiel. bién veis que, por renunciar el matrimonio

con un impuro idólatra y por haberos consagrado mi amor, se me conduce á la muerte: dignaos, pues, asistirme en la injusticia que contra mí se ejerce.

Antes que concluyese su oración, la arrojaron al rio; pero en medio de las aguas encontró á Simeón, que le tendió la mano, y la trasportó á la otra orilla sin que el agua le hubiese tocado. Quitóle el Santo la cuerda del cuello, y le dijo: Hija mia, nada temas: el Señor á quién has sido fiel, ha venido en tu ayuda, y muy pronto ese impío idólatra, que queria hacerte morir, sufrirá el castigo que merecen sus crímenes. Nada temas: vete tranquila á tu casa, y el Señor sea contigo. En seguida desapareció.

Sus padres, que la creian muerta, recibieron tal impresión al verla, que quedaron sin voz; pero vueltos de su sorpresa, la abrazaron tiernamente, y le manifestaron con sus lágrimas el gozo que embargaba sus corazones. Todos los vecinos y las personas que la conocian corrieron á participar de su júbilo, y ella les refirió la manera como habia sido librada por san Simeón.

Miéntas tanto, el pagano que la habia arrebatado sufrió el cástigo de su crimen. Hallábase sentado á la mesa, cuando se le apareció un hombre desconocido y de un aspecto terrible, armado de una espada, con que amenazaba herirle. Quedó espantado, y quiso huir; pero recibió un gran golpe en la cabeza que lo dejó sin movimiento, y que le produjo dolores horribles. En este estado se le oyó exclamar con grandes lamentos y derramando torrentes de lágrimas: « Qué desgraciado soy por haber ofendido á una sierva del Dios de los nazarenos! ¡ Infeliz el que se atreva á resistir á un Dios tan poderoso! No cesaba de dar gritos y de repetir á cada momento estas palabras, y en este estado continuó hasta la muerte. Tan extraordinario prodigio llenó de terror á los idólatras, que en adelante no se atrevieron á insultar á los cristianos.



El padre de la piadosa jóven vino en busca del Santo, seguido de una gran multitud de parientes y de otras personas que quisieron acompañarle : le refirió todo lo que le habia ocurrido, y lo publicó por todo el mundo. Permaneció durante una semana al lado de la columna, y volvió á su pais dando gracias al Señor.

### Capitulo III

Después de referir el sacerdote Cosme los hechos que dejamos consignados en el capítulo precedente, detalla muchos milagros que hizo el Santo, tanto en favor de marinos, como de gran número de enfermos, siendo estos milagros tantos más ciertos é innegables, cuanto que los que experimentaron el efecto de sus oraciones eran personas de consideración, de quienes no es posible sospechar razonablemente que acreditasen imposturas. Curó efectivamente á uno de los más ilustres personajes de Sabea de una enfermedad cruel, en cuya curación habia agotado todos los recursos de la medicina. Curó también al hijo de un gran señor de Persia, que hacia quince años que estaba paralítico, lo cual movió á su madre y á su hermana á convertirse á la fé y á recibir el bautismo. Devolvió también la salud al hijo del gobernador de Avaunia, que gozaba de gran prestigio ante el rey de Persia, y á quien un accidente apoplético habia quitado el movimiento de medio cuerpo. El mismo beneficio hizo á Dénis, prefecto de la milicia del emperador, y por recomendación de éste curó también á un jóven de Anaceta en los confines de la Persia y de la Armenia, y poco ántes habia curado también á cuatro hombres, que padecian de lepra elefantina, tres de los cuales estaban poseidos del demonio.

Tendriamos que añadir un gran número de milagros, de que Teodoreto fué testigo ocular, así como muchas

predicciones hechas por el Santo, y cuyo cumplimiento presenció el mismo escritor ; pero nos llevaria más allá de nuestro propósito. No debemos omitir, sin embargo, que con la humildad y el fervor de sus oraciones contuvo muchos azotes, con que Dios se disponia á castigar los pecados de los hombres : como cuando un dia vió caer del cielo dos varas, una sobre el Oriente, y otra sobre el Occidente, las cuales significaban las correrías y rapiñas, que habian de realizar en el imperio los Escitas, que parecen ser los hunos, hechos en aquella época señores de todo el septentrion, y los Persas de otra parte. En efecto, el Santo lo avisó al pueblo ; pero con sus oraciones y lágrimas consiguió que no se verificase su invasión : pues los Persas se vieron agitados por turbulencias interiores, y los escitas, viendo que los Romanos les dejaban en paz, no quisieron turbarla.

Consignaremos aquí la admirable conversión de un ladrón, que refiere Antonio, discípulo del Santo. Los Isaurios tenian un jefe llamado Antioco Agonato, cuyas correrías tenian aterrados á todos los habitantes del pais, y en cuya persecución se habian empleado inútilmente numerosas tropas. Por último, se puso en conmoción toda la ciudad de Antioquia y envió á la campiña ciento cincuenta hombres escogidos y bien armados. Encontráronle en una cabaña, y viendo el salteador el peligro en que se hallaba, tomó su espada, amenazó con la muerte al que se le acercase, y montando en un caballo, corrió á refugiarse cerca del Santo, como en un asilo seguro.

Se abrazó á la columna, y exclamó en voz alta : « Siervo de Dios, salvadme, porque perece mi alma... ¿ Qué quieres de mí, le dijo el Santo?... Soy, respondió, Agonato, el famoso capitán de ladrones, y recurro á vos en busca de mi salvación... Concibe, le replicó Simeón, un sincero dolor de todos tus crímenes... No me he refugiado aquí, dijo Agonato, con otro objeto.